Pueblos perdidos y literatura

Ramón Acín

El abandono de núcleos habitados es una constante histórica. Ha sucedido, sucede y sucederá en cualquier parte del mundo. Pero, desde mediados del pasado siglo XX, este fenómeno, en determinadas zonas de España –caso de Aragón–, ha alcanzado cotas elevadísimas. No se trata sólo del influjo creativo que destilan unas circunstancias físicas por las que el interior de la península ibérica casi se ha vaciado al desplazarse su población hacia la periferia o por las que el mundo rural, desde mediados del siglo XX, ha acudido al reclamo de lo urbano, sino que, sobre todo, importa mucho el hecho de que el mundo rural, asentado en una tradición de siglos, ha sido, en gran medida, engullido, absorbido o recubierto por lo urbano. Es decir, el elevado y obligado trasiego de habitantes con su proceso de mimesis consiguiente, conllevan la pérdida de identidad y de memoria, temáticas que son muy propicias para la literatura, la etnografía, la investigación, el diario de viajes o, entre otras formas de creación, el guión (1).

1. DE LO QUE APORTÓ Y APORTA EL PENSAMIENTO

Pero, aunque esta temática del abandono parezca novedosa en la actual literatura española, no lo es. Con ser clave en varias manifestaciones de nuestra reciente narrativa, además de anclar sus raíces en una fuerte problemática social –y, lógicamente, anímica–, posee también otros asideros como los que provienen de la historia y del pensamiento. Así, junto a su larga estela que mana caudalosa desde las literaturas clásicas, griega y romana –bucolismo, por ejemplo–, existen apoyos fecundos como son los soportes filosóficos nacidos con el movimiento romántico que cambia-

ron el concepto de la naturaleza incluso en el mismo mundo rural. Y, en especial, su concepción de la vida en montañas, valles y parajes incomunicados o agrestes.

La naturaleza, con el romanticismo, comienza a perder la condición inhóspita que le es consustancial –orografía adversa, cerrazón ambiental y comunicativa, etc.–, incluso para la vida de quienes en ella habitan. Desde el exterior, junto a una patina de exotismo, el mundo rural es visto como una realidad positiva para el hombre, dado que permite no sólo subsistir, sino disfrutar de la belleza del paisaje, de lo peculiar de su clima, vivir en paz y alejado de tráfago... Es decir, un disfrute espiritual que se robustece al socaire del ocio de la sociedad burguesa, cada vez más poderosa a partir del siglo XIX, y que comparte el humus que alimentó a los viejos conceptos de carácter idílico –entre ellos, el clásico, *fons vitae*– por los que el mundo rural posibilita la subsistencia gracias a los recursos necesarios que se dan en sociedad agrosilbopastoril.

El disfrute de este paisaje y de la sociedad que encierra –pureza de costumbres– es lo que atrajo la atención de escritores y artistas, quienes retrataron y describieron la naturaleza en sus obras como el ejemplo más puro de vida, pero, también, como el complemento del ocio en una sociedad atomizada en la ciudad. En gran medida, por todo ello, a lo largo del siglo XX, acompañando a conceptos del ocio o del bien común, los valles y las montañas pasan a ser realidades positivas a la vez que temas de corte artístico. Se trata de enfoques literarios que podrían denominarse como *«paisaje idílico»;* enfoques que se agrandan temáticamente en nuestra narrativa reciente mediante nuevas miradas en su captación artística que responden a conceptos de *«paisaje codiciado»* y *«paisaje abandonado»*.

El primer concepto, *«paisaje codiciado»* contiene la *denuncia artística*. Una denuncia que surge frente a los abusos de la especulación destructiva –sea estatal, caso de pantanos, sea privada, caso de urbanizaciones– y que, consecuentemente, se convierte en apoyo a su conservación (Parques nacionales, por ejemplo). Este enfoque, visible en la época del realismo social, saca a flote, entre otras muchas problemáticas, el choque entre lo rural y lo urbano.

El segundo, *«paisaje abandonado»*, permite la *evocación literaria* que, con nostalgia o sin ella, nace frente al abandono de un

territorio y de sus formas de vida. Un abandono que es producto del declive sufrido por el mundo agro-silbo-pastoril conforme avanza el siglo XX y que empuja hacia la emigración buscando una subsistencia más fácil, como la ofrecida por la ciudad y sus industrias. Un declive que también se acelera con otras realidades sociales menos individuales y más abstractas como, por ejemplo, la imposición estatal o económica. Así nace el *«paisaje del abandono»*, esencia de la temática del despoblado como «paraiso perdido» para algunos escritores españoles del último tercio de siglo XX.

2. DE LO QUE TRASMITE LA HISTORIA MÁS RECIENTE

Actualmente, en la Península Ibérica, las causas tradicionales para que un núcleo habitado sufra su abandono y desaparición –merma de su condición estratégica, azote de pestes y hambrunas o efectos de la guerra, entre otros condicionantes–, apenas tienen que ver con la elevada casuística y con la cuantía del fenómeno. Las circunstancias son nuevas. Como también son nuevos o distintos los modos y formas del abandono. Así, frente al aspecto puntual o la lenta progresión de un deshabitado en épocas pasadas, hoy esta probemática conlleva una velocidad destructiva, además de nuevas y variadas circunstancias. Por otra parte, es también diferente su fuerza, manera de producirse y sus consecuencias. Frente a la *«visibilidad» y «azar»* de tragedias naturales, plagas, guerras o de otras causas históricas del despoblado, hoy abunda la inquietante *«invisibilidad»*, de enorme y perverso empuje, que acompaña a las disposiciones estatales o a los condicionantes sociales que, para tensión dramática, se asientan en banderas de progreso, del «bien común», del interés nacional –obras hidráulicas, repoblación en función de empresas papeleras, etc.– o del rendimiento económico –urbanizaciones, minusvaloración de la economía agro-pastoril...–.

Se trata de un cambio trascendental: la acción de la naturaleza y del lógico devenir temporal o histórico han sido sustituidas por la acción enérgica del hombre. Y con ello, la implicación y las

resultantes también son muy diferentes para quienes padecen el obligado abandono. No posee la misma intensidad lo azaroso de una tragedia natural que la interesada maquinación del hombre. Como tampoco es lo mismo aceptar el destino –*fatum*– que claudicar ante imposiciones. Y es diferente porque los condicionantes y disposiciones dependientes del hombre suelen obviar las implicaciones humanas, culturales y sociales que conlleva la desaparición por la fuerza de un conjunto humano. Una desaparición que, además, suele estar tensionada por la presión ejercida sobre los individuos desplazados, mediante el uso de ideas tendentes a lo general y colectivo –el interés general, desarrollo, progreso...– que crean problemas de conciencia –falsa insolidaridad, por ejemplo– y que se suman al dolor, la resignación, la tristeza, la perdida de la identidad histórica o, entre otras, el abandono de lo propio –incluidos los muertos familiares–. Todo ello sirve al tratamiento del despoblado como «paraiso perdido» en la narrativa española del último tercio del siglo XX.

Con lo anterior suele aflorar la lucha individual –que también puede ser grupal– entre la añoranza de lo perdido y la necesidad de que ese espacio perdido –y abandonado– permanezca en la memoria para, así, evitar que la muerte y el olvido sean definitivos. Y en esta lucha, la palabra escrita, la literatura, actúa como factor básico de permanencia y como elemento indispensable, tanto para la reflexión como para la cauterización de heridas.

En todo ello echa raíces el tratamiento literario de los despoblados. Un tratamiento que es vital para el creador, a la vez que, también, lo es para el lector. Es decir, la temática de los despoblados contiene una comunión de intereses entre creador y lector que explica tanto su tratamiento como su relativo éxito en la reciente literatura española. Pues ambos –tanto creador como lector– son protagonistas y participes del problema.

Por un lado, son participes y protagonistas porque, ambos han podido sufrir en sus carnes la pérdida de su espacio vital y el traslado impuesto a un espacio, nuevo y desconocido, con toda la problemática vital y personal que conlleva, desarraigo incluido. Es decir, que la vivencia de un amplio arco de sentimientos y de problemas puede convertirse en tema literario. Un arco que abarca desde la denuncia más realista al lirismo más íntimo. Y, con este

arco, también el abanico amplio de su casuística. Una casuística que va desde lo social –despoblación, desarrollismo y mecanización del campo, atracción de la ciudad, política hidráulica, política forestal, etc.– a lo político –guerra civil y maquis de posguerra, inmigración– o lo natural –orografía, aislamiento–, aportando nuevos filones temáticos. En suma, un conglomerado de sentimientos que son usados por una generación de escritores que, casualmente, han nacido alrededor de los años 50 del siglo XX cuando comienza con fuerza el éxodo rural. Escritores que recuperan y mantienen, con la palabra literaria, la memoria que es común a toda una generación: la del abandono de sus espacios rurales que les vieron nacer y donde desarrollaron su infancia y adolescencia.

Por otro lado, porque, como mínimo, pese a la singularidad de cada caso, todo despoblado contiene elementos vitales y universales que propician su uso literario y su asunción lectora. Basta pensar en la universalidad lietararia de la destrucción de un espacio otrora lleno de vida, en la alteración del paisaje, en el desarraigo –emocional y vital– de los habitantes que son trasladados a una nueva y desconocida ubicación, en la pérdida de la memoria colectiva e individual que conlleva el abandono, en la presencia de la soledad y de la muerte..., pero, a la vez, también, en la perversidad de la codicia y de la especulación que envuelve bastantes de las causas e intereses sociales –pantanos, obras públicas, propuestas de ocio...– y que, en culaquier lugar puede empujar al abandono de un espacio habitado.

Finalmente, el abandono de núcleos habitados no es un único tema literario, sino un cúmulo de temas. Como tampoco puede ser la sola imagen de una arquitectura engullida por la vegetación que permite ver no sólo retazos de una historia y una vida latiendo en el pasado, sino que permite ver la historia y la vida mismas.

3. LA LITERATURA DEL DESPOBLADO. BREVES NOTAS SOBRE ARAGÓN

Evocación, nostalgia/melancolía y memoria es una triada clave para definir la activa presencia de esta temática en varias obras

narrativas que, con atmósfera y problemática similar, surgen en la reciente narrativa española. Son obras que siempre abordan el abandono de un paraíso perdido. Es decir, obras que indagan en espacios que han sido abandonados y que, físicamente, han desaparecido o están a punto de desaparecer. Y esa misma triada de evocación, nostalgia y memoria es lo que, también, como ya se ha dicho, conforma el humus básico de su aceptación por un público lector.

Las formas de atrapar esta literatura de la memoria son diversas, pero, sobre todas, destaca el tratamiento del abandono forzado. España, a partir de los años 60 del siglo XX, sufrió un proceso de despoblación y de aculturamiento del medio rural. En la mayoría de los casos, este proceso fue impuesto y sus gentes arrancadas del territorio dejando atrás su identidad y su mundo. Esta imposición forzada –que conlleva el abandono de lo propio y la desaparición del territorio personal– es lo que permite a determinados autores la evocación del «paraiso perdido» y, mediante la memoria creativa, su mantenimiento en el imaginario colectivo. Los triunfos de *La lluvia amarilla* (Seix Barral, 1988) o de *Cami de sirga* (La Magrana, 1988) –junto a sus intrínsecos valores estéticos y literarios– son, sin duda, fruto de esta realidad. Y, también, la aparición posterior de otras muchas novelas con parecidas problemáticas –cosntrucción de pantanos en nombre del progreso, la fuerza de lo urbano, la concentración y globalización de la producción que destroza lo agropecuario, etc.– cuyos paisajes y paisanajes de antaño tienen hoy vida únicamente en la literatura. Son novelas que, por supuesto, en su mayoría, han sido creadas por escritores nacidos en el mundo rural pero que viven su madurez en la gran ciudad (Llamazares, Moncada...).

Pese a esta fuerte presencia actual del tema en nuestra literatura no significa que, antes de estos escritores y de estas fechas, en nuestra Historia literaria, no existiera el tratamiento temático del despoblado. Eulalia Galvarriato, compañera de la «Generación del 27» y esposa de Dámaso Alonso, con algunos relatos de *Raíces bajo el tiempo* (reedición en Destino, 1985), Ildefonso M. Gil, formante de la «Generación del 36» (*Pueblonuevo,* Aguilar, 1965) o de Santiago Lorén (*El pantano,* Plaza & Janés, 1968) y algunas novelas del «realismo social» son algunos de los estos ejemplos

previos que, además, coinciden con el momento del abandono del mundo rural.

Con todo, en la fuerte presencia de esta temática en la narrativa reciente, hay que resaltar el empuje que suponen las novelas de Jonh Berger (*Puerca tierra, Una vez Europa, Lila y Flag.* Alfaguara, 2006, 200, 1992, respectivamente) y de Julio Llamazares (sobre todo, *La lluvia amarilla*), sin duda, los máximos referentes universales de este filón literario y de su éxito. Desde perspectivas bien distintas, el abandono del mundo rural aparece en toda su intensidad. Berger, con realismo, fotografía y analiza el universo rural desde distintas perspectivas. Si *Puerca Tierra* habla de la desaparición de la vida tradicional en los pueblos, *Una vez Europa* va más allá y busca las causas del declive, indagando en la influencia corrosiva del pensamiento urbano; una influencia que conlleva el cambio de vida y el desarraigo del campesinado (*Lila y Flag*). Por su parte, Julio Llamazares radiografía el problema desde una vertiente lirica que, con la intensidad del aleteo permanente de la muerte, camina sobre problemáticas físicas como aislamiento, pobreza, supervivencia, emigración... a la vez que da entrada a circunstancias espirituales como la degradación vital de la conciencia y la fuerza de la soledad.

Entre las varias causas, específicas del tema y de su uso literario en España, ya sea central o tangencialmente, destaca la derivada de los efectos de la Guerra Civil y su posguerra. En especial, la temática del *maquis* por tierras aragonesas y levantinas. Lo agreste de sus montañas –Pirineos y, en particular, la Cordillera Ibérica– sirvió de refugio a los republicanos que, desde finales de la Segunda Guerra Mundial, se dedicaron a acechar al régimen franquista. El apoyo popular a la guerrilla fue combatido por el poder franquista con una política de terror que, entre sus medidas, obligaba a los habitantes de los *mas* (masías dispersas por sierras, valles y vallezuelos) a pernoctar en grandes poblaciones. La medida trajo consigo la decadencia paulatina de la secular economía agro-pastoril y el abandono de los *mas*, especialmente en la zona del Bajo Aragón y Maestrazgo turolense y levantino. La imposición de la medida agudiza, sin duda, la sensación de «paraiso perdido». Como ejemplos de este tratamiento puede citarse *El fragor del agua,* de José Giménez Corbatón (Anaya & Mario Muchnik,

1993), *El color del crespúsculo* (Montesinos, 1995), algo de *Maquis (Montesinos, 1997)* y de *La noche inmóvil* (1999) de Alfons Cervera. También, pese a la menor incidencia en el tema, *Siempre quedará París* (Ramón Acín, Algaida, 2005) que al igual que *Luna de lobos* (J. Llamazares, Seix Barral, 1985) en tierras leonesas y cantabras, centra más su tratamiento temático en las circunstancias ideológicas, bélicas y vitales.

La política hidráulica y la política forestal conforman otro de los grandes bloques temáticos del despoblado. Sin duda, la obra más representativa es *Cami de sirga*, de Jesús Moncada, cuya novela comienza con el «ahora» de 1970, fecha de la primera explosión que pone fin a la vieja Mequinenza y que, así, corona la definitiva construcción del pantano. Con esa explosión nace el «fash back» que recupera el pasado de la Mequinenza de siempre, con su vida, su paisanaje, su paisaje y su historia que el agua va a sumergir. Junto a *Cami de sirga*, también los relatos que componen *El cafè de la Granota* (Les ales esteses, 1985) e *Històries de la mà esquerra* (Les ales esteses, 1981), precedentes claros de la novela. Una recuperación de la memoria individual que deviene en colectiva muy similar a la que Julio Llamazares realiza en el guión cinematográfico *Retrato del bañista* (1984) donde evoca el Vegamián de su infancia, yacente bajo las aguas del pantano de Riaño. La novela *Muerde el silencio* (Algaida, 2007) y el dietario *Aunque de nada sirva* (Mira, 1995) de Ramón Acín, indagan, respectivamente, los efectos de los pantanos por tierras del valle de Tena y la Ribera de Fiscal, en el Pirineo oscense. Asimismo, a medio camino de las obras hidráulicas, las obras del ferrocarril de Canfranc y el impacto de la gran ciudad, muchos de los fragmentos de *El fotógrafo descansado* (Diseño Editorial, 1992), de José Antonio Biosca, quien ubica su novela en el espacio de la Garcipollera, en la comarca de Jaca (Huesca).

Otros aspectos como la emigración, la búsqueda de una vida menos difícil, la huida del aislamiento y el declive de la sociedad tradicional del campo, la atracción de la ciudad y sus «polos de desarrollo»... conforman el quicio de obras como las novelas *El pueblo que se vendió* (1978, Bruguera), de Alfonso Zapater; *El Hierro en la Ijada* (Mira, 1992), de Clemente Alonso; de libros de relatos como *Pirineos, tristes montes* (Edición del autor, 1990), de

Severino Pallaruelo, *Pirineo de boj* (1999, Prames), de Enrique Satué o *Días de cierzo*, de Elifio Feliz de Vargas (2006, Premio narrativa Comarca del Maestrazgo); de libros de viaje como *Teruel Adentro* (1985, DGA), de Clemente Alonso Crespo... Un conjunto rico y variado, relativo al territorio aragonés que tiene un tratamiento parelelo en Catañuña –*Camins de quietud: Un recorergut literari per pobles abandonats del Pirineu* (Edicions 62, 2011), de María Barbal, novelas de Pep Coll–, en tierras de Soria –piénsese en Avelino Hernández: *La sierra del alba, ¿No oyes el canto de la paloma?*– o, por ejemplo, castellano-leonesas, todas también fuertemente atacadas por la despoblación sufrida en el siglo XX.

Notas:

(1) A modo de ejemplo en tierras aragonesas:
– Diarios, dietarios, cuadernos de viaje y apuntes etnográficos:
El Pirineo abandonado (1984, Diputación General de Aragón) y *Ainielle: la memoria amarilla* (2003),de Enrique Satué Olvián; *Las otras lluvias* (1994, Ibercaja) y *Paisajes con memoria; viaje a los deshabitados del Alto Aragón* (1997, Prames), de José Luis Acín; *Excursiones por los pueblos perdidos de Navarra* (2001), de José María Feliu; *Jánovas; víctimas de un pantano* (2004, Ibercaja), de Marisancho Mejón; *Los pueblos dormidos* (2010, Rolde), de Elisa Plana –textos–, Alfonso López y Eduardo garcñia –fotografías– .
– Investigaciones:
Pueblos deshabitados del Alto Aragón: estudio de la comarca del Sobrarbe (1983, Colegio de Arquitectos de Aragón), de Pedro Miguel Bernard y José Manuel Castellano Oñate; *La Solana: vida cotidiana en un valle altoaragonés* (199, edición del autor);
– Vídeos:
¿Por qué dixamos o nuestro lugar? (Ed. Autor, 2003), de Carlos Baselga; *Pueblos fantasmas* (Universidad de Toulousse, 2002), de José Mª Cuesta y Jean Jiménez.